Carlos López Hernández

Eucaristía de Clausura del Año de la Misericordia

13 Noviembre 2016. Domingo 33º Tiempo Ordinario

El Jubileo Extraordinario de la Misericordia ha sido un tiempo de gracia en el cual la Iglesia, a través del Papa Francisco, nos ha llamado con más intensidad a tener la mirada fija en el amor misericordioso del Padre, que se ha hecho visible y tangible en toda la vida de Jesús. Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre y revela en plenitud el misterio del Dios que es amor (1 Jn 4, 8.16). Así, con la mirada fija en el rostro de Jesús podemos experimentar cada uno el amor misericordioso del Padre y ser reflejo luminoso de su amor misericordioso. Ser "*Misericordiosos como el Padre"* es nuestra misión en medio del mundo como discípulos y testigos de Jesús.

La contemplación de la bondad y ternura de Dios y nuestro ejercicio de la misericordia han iluminado el proceso de renovación evangélica en el que nos ha situado la Asamblea diocesana. Para llevar a la práctica con abundante fruto las Orientaciones de la Asamblea necesitamos mantener fija la mirada y el corazón en la misericordia del Padre y salir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios**,** manifestada en el rostro crucificado y glorioso de su Hijo.

Nuestra Iglesia diocesana tiene ahora la misión de seguir anunciando la misericordia de Dios mediante la aplicación de las Orientaciones de la Asamblea. Como hemos meditado con frecuencia en el proceso de nuestra Asamblea, la primera verdad de la Iglesia diocesana de Salamanca es el amor de Cristo. De corazones enamorados de Cristo brota el renovado y alegre impulso misionero de la Iglesia diocesana.

La renovación espiritual centrada en la esmerada celebración de la Eucaristía del Domingo nos llevará a la vivencia más auténtica de la comunión con Cristo y nos hará posible comprender y vivir mejor la misericordia como rasgo distintivo del discípulo de Jesús y como criterio para saber quiénes son realmente los verdaderos hijos del Padre misericordioso. De esta manera, la Eucaristía seguirá siendo en nuestro tiempo la fuente de donde brota la misión evangelizadora de la Iglesia diocesana y el compromiso de anunciar y vivir en primera persona la misericordia con nuevo impulso y con una renovada acción pastoral, que motive a las personas a buscar el camino de vuelta al Padre.

La eucaristía ha de ser creadora de comunidades vivas y apostólicas, en las que sea posible a todos encontrar verdaderos oasis de misericordia, de reconciliación y de perdón mutuo; comunidades que nos ofrezcan los medios para alcanzar la serenidad del corazón y vivir felices, de acuerdo con el programa de Jesús: *"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"* (Mt 5,7).

Estas comunidades-oasis serán el marco más adecuado para intensificar la celebración del sacramento de la reconciliación, de forma comunitaria e individual.

Hacer posible la experiencia gozosa del perdón en medio de nuestra cultura de desierto, de aislamiento egoísta y de esterilidad espiritual, es una forma privilegiada de enriquecer la vida del hombre de hoy con la alegría del Amor salvador de Jesús, que se regala a los humildes de forma siempre inmerecida y gratuita.

Conducir al hombre autosuficiente a la experiencia gozosa de la misericordia, del amor y del perdón de Dios es una tarea que el Papa Francisco nos ha recordado con estas palabras: "Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón" (MV 10). Esta forma de renovación espiritual en el sacramento de la reconciliación es también central en las Orientaciones de la Asamblea; y presupone asumir la actitud que corresponde al momento pastoral actual: Es un momento para suplicar como mendigos el don de la fe para el hombre de hoy. Una fe, nueva para tantas personas, que debe surgir por un asombro ante el amor de Dios.

La acogida gozosa del perdón nos impulsa a ser *misericordiosos como el Padre* y a abrir el corazón a cuantos viven en las más injustas y dolorosas circunstancias. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento, cuántas heridas existen en el mundo de hoy, en países más o menos lejanos y a la puerta de nuestras casas**!**

La Asamblea nos ha llamado también a prolongar el **"año de gracia"** que hoy concluimos en el ejercicio permanente de **la misión de Jesús**. Nuestra Asamblea se ha referido a esta misión de gracia con estas palabras: "Esto puede ser lo original y vivo de nuestra Asamblea: *mantenerse alegres en el desierto con lo esencial de la fe, con alegría* (EvGa 86) y hacer de este momento un tiempo de Gracia. La Cruz es camino de vida; sostenidos por esta esperanza integramos los aparentes fracasos en una perspectiva pascual".

Queridos hermanos: El Espíritu nos ha mostrado que "es hora de *`volver a las huellas de Jesús´";* hoy mencionamos en particular el texto referido explícitamente a la misericordia de Jesús: "Conmovido en su corazón, lleno de ternura (Cf. Mt 19,36), Jesús se acerca a los pecadores, se sienta a comer con ellos (Cf. Mc 2, 15-17) y recorre Galilea *`curando toda enfermedad y dolencia´* (Mt 9, 35). Son las ***`huellas de su misericordia´.*** Amor misericordioso que se vuelca con todos, preferentemente con los más pobres, los enfermos, para curar sus heridas, para comenzar en ellos el Reino de Dios y anticipar en sus vidas al hombre nuevo, la humanidad nueva y la creación nueva, liberada del pecado, e inaugurada con su Pascua". Este final del texto indica con acierto que la misericordia de Jesús tiene su culmen y hemos de acogerla sobre todo en las *"huellas de su entrega por nosotros",* en *"las huellas de su Cruz"* y en *"las huellas de su Pascua".*

El seguimiento de las huellas de la misericordia de Jesús nos fortalece como Iglesia que sale a evangelizar y servir, a ejercer la caridad y a promover y vivir la justicia evangélica. A este fin, la Asamblea diocesana nos ha propuesto ampliar los espacios diocesanos de encuentro, escucha y diálogo con el mundo, con nuestra sociedad salmantina y su cultura, en su relación con la fe y la vida de la Iglesia. Más en

concreto, las Orientaciones de la Asamblea nos han recordado: "La dimensión social de la fe no está suficientemente integrada en la conciencia y en la vida de muchos creyentes. Por ello es necesario seguir promoviendo el mayor conocimiento y práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. Uno de los caminos para superar esta deficiencia es promover encuentros diocesanos de educación para la justicia, la solidaridad, la caridad, el cuidado de la casa común, el consumo responsable, etc., a fin de concienciar a toda la comunidad en el compromiso social". Es necesario "animar y potenciar el compromiso y presencia de los laicos en la vida pública a través de partidos políticos, sindicatos, asociaciones, grupos, movimientos, etc."

Volver a huellas de Jesús es dejarnos configurar con Él, para vivir el misterio de la Iglesia y ser transformados en discípulos misioneros, que viven la dulce y confortadora alegría de evangelizar en cercanía a nuestras gentes y como hijos de una Iglesia que es madre con entrañas de misericordia. Es una gracia que suplicamos con humildad y confianza al Señor.

Al final del año litúrgico, el texto de Malaquías presenta el Día del Señor como el Día en que "*los hombres que temen al Señor… volverán a ser propiedad mía; me compadeceré de ellos como se compadece el hombre de su hijo que lo honra"* (Mal 3, 16-17). Con esta compasión muestra el Señor a su pueblo la verdad de la primera declaración que le ha hecho por boca del profeta: ***"Os amo"***. A lo que el pueblo incrédulo ha respondido: *"¿En qué se nota que nos amas?"* (Mal 1,2). En este pueblo se ha alzado la voz de los insolentes contra el Señor diciendo: *"Pura nada, el temor debido al Señor. ¿Qué sacamos con guardar sus mandatos…? Al contrario, los orgullosos son los afortunados, prosperan los malhechores, tientan a Dios y salen airosos"* (Mal 3,13-15*)*.

El profeta transmite la respuesta del Señor misericordioso y justo: "*Volveréis a ver la diferencia entre el justo y el malvado, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve"* (Mal 3, 18). *"He aquí que llega el día ardiente como un horno, en el que todos los orgullosos y malhechores serán como paja;... Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminará un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra; saldréis y brincaréis como terneros que salen del establo."* (Mal 3, 19-20).

Malaquías resalta la ternura del Señor, que "*es sol y escudo, da la gracia y la gloria; y no niega sus bienes a los de conducta intachable"* (Sal 84,12). El Señor hace saltar de júbilo a los que temen su nombre, como los terneros al salir de su establo. Y el amor salvador del Señor es antepuesto al juicio cuando se anuncia el envío del mensajero a preparar el camino ante él (Cf. Mal 3, 1-5), para convertir los corazones de los padres y los hijos, y ofrecer al Señor una ofrenda justa. El texto del anuncio de Malaquías ha sido interpretado por Jesús en referencia a Juan Bautista: *"Éste es de quien está escrito: `Yo envío a mi mensajero delante de ti, para que prepare tu camino ante ti"* (Mt 11,10; cf. Mal 3, 23-24 y Lc 1, 17).

El apóstol Pablo es un ejemplo a imitar en el trabajo diario, a fin de no ser carga para nadie, y sobre todo en el celo por el Evangelio, que brota de su experiencia de ser amado por Jesús, "*que me amó y se entregó por mí".* Crucificado con Cristo, vive gozoso y esperanzado, *"porque es Cristo quien vive en mí*" (Gal 2,20). Él está convencido de que *"los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios;… está gimiendo y sufre dolores de parto. Y… también nosotros…gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo"* (Ro 8, 18-19. 22-23*).*

En esta perspectiva de recapitulación y reconciliación de todas las cosas en Cristo (Cf. Ef 1, 10; Col 1, 20), hemos de interpretar el anuncio del Evangelio de hoy. Es el anuncio de la Pascua de la creación, que hace nuevas todas las cosas; y el anuncio de la Pascua de los redimidos, que, sufriendo la persecución y la muerte de Cristo, salvarán sus vidas.

En conclusión: Lo que cambia la vida y el horizonte de comprensión de la historia humana es la experiencia del encuentro salvador del Amor de Cristo, la experiencia gozosa de la misericordia de Dios, que nos libra del temor en toda circunstancia y nos mantiene en la esperanza que nunca se verá defraudada. La Asamblea diocesana nos ha afianzado en esta convicción fundamental, que hemos de transformar en pedagogía de la fe y de la oración en todos los procesos de la iniciación cristiana.

En verdad, el Evangelio de hoy no trata tanto del fin del mundo cuanto de nuestra vida cotidiana en el tiempo de gracia y de espera cierta de la llegada definitiva del Señor. Junto con María invocamos al Espíritu: ¡Ayúdanos a volver a las huellas de Jesús! ¡Lleva a su plenitud el Reino que esperamos!

Salamanca, 13 de Noviembre de 2016